

Del arroz en barco al arroz que cultivamos

A la par de cumplir el plan anual, Cuba rompió en 2018 su registro histórico de producción de arroz. Granma indaga sobre el momento actual de un programa integral que antes de 2030 deberá garantizar el 85 % del grano que consume el país

DILBERT REYES RODRÍGUEZ

Servido en mayor o menor cantidad; blanco o coloreado con la tinta del acompañamiento; solo o con frijoles, carnes, huevos, pescados, embutidos o mucho de eso a la vez; en salsas, frito o salteado; lo cierto es que el arroz pasó, hace bastante tiempo, de guarnición ocasional a ejército empoderado del plato de los cubanos.

La cosa no es tan calva, por supuesto, como para un fanatismo intransigente que niegue ciertos menús si les faltara el arroz, pues nadie piensa dos veces en renunciar a la gramínea si bajo un bistec cualquiera solo hay yucas con manteca, tostón de «plátano macho» o papas enterneadas por el color vegetal de una ensalada.

Pero de que manda, manda, a juzgar por la presencia, y en virtud de tal dominio las cuentas apretadas de la economía cubana le otorgan prioridad, año tras año, para traer del otro lado del mundo o desde latitudes más cercanas, el arroz que no hemos sido capaces de producir aquí.

La depresión que en la vida socioeconómica nacional significó el conocido período especial, frenó también el auge que en los años 80 había logrado la producción arrocerca.

Precisamente de aquella década se heredan los registros históricos que los polos donde es tradición, ahora y poco a poco, es que van superando; aunque como nación se sobrepasó en 2013, gracias a la incorporación de nuevas zonas, la introducción de tecnología moderna y el incremento gradual del rendimiento en los campos.

Para tener una idea, en 2010 se produjeron en Cuba 86 000 toneladas del cereal, apenas un 12 % de los requerimientos actuales y ligeramente superior a las 82 202 que aportó sola la provincia de Granma en 1988 –hasta hace poco su año récord, porque este 2018 lo rompió al aportar 84 000–.

Los otros cientos de miles de toneladas que consumimos en 2010 atravesaron los mares luego de un verde pago millonario.

Fue ese mismo almanaque el cual, con el oxígeno mínimo de una incipiente recuperación y la urgencia más que clara de sacudir importaciones con los frutos posibles de tanta tierra vacía, se tomó de base para concebir el programa integral de desarrollo que en un plazo máximo de 18 calendarios, a partir de 2012, debe lograr cubrir al menos el 85 % de las 700 000 toneladas de arroz requeridas por la nación caribeña en 12 meses.

Al cabo de casi siete años de aquel inicio, y en el momento en que transcurre la siembra de frío que aportará los primeros granos de un 2019 prometedora, Granma indagó sobre el estado actual del programa arrocerca mediante



La empresa Sur del Jíbaro de Sancti Spiritus es otra que se va acercando a su registro histórico. FOTO: VICENTE BRITO

conversación con Lázaro Díaz Rodríguez, director de la División Tecnológica de Arroz, del Grupo Empresarial Agrícola adscrito al Ministerio de la Agricultura; más abreviadamente, el coordinador líder de las acciones por concretar esta aspiración emergente de la economía cubana.

–¿Qué garantías existen para que 2019 sea otro año de crecimiento concreto y significativo de la producción arrocerca cubana?

–Lo primero es que se dispone de lo necesario para plantar las 139 000 hectáreas planificadas en toda Cuba. Hay suficiente semilla de calidad, y con algunas limitaciones de partes, piezas y agregados, los recursos materiales existentes más la capacidad innovadora al interior de las empresas aseguran la disponibilidad técnica de los tractores e implementos que preparan estas tierras.

«También contamos con el agua demandada, así como con las horas de vuelo de las aeronaves empleadas en la plantación y fumigación extensivas.

«Este año se adquirirán nuevos aviones que permitirán avanzar en el número de área cultivada, pero todavía es un tema que entorpece un crecimiento más notable. Aquí mismo en Granma, en la Empresa Fernando Echenique, podremos ocupar 26 000 hectáreas de las 29 000 solicitadas, y a nivel de país, de no existir esta dificultad, habríamos tenido condiciones para aprovechar 161 000 hectáreas que aportarían 350 000 toneladas.

«Otro asunto sensible es la fertilización. Se hace todo para que contemos

con los productos que dan continuidad al cultivo.

«La prioridad actual de la gestión es garantizar ese empate productivo, que no haya una interrupción, porque el arroz es un cultivo exigente en este sentido, de mucha disciplina tecnológica, que precisa del producto químico y del fertilizante la cantidad exacta en el momento justo. Las consecuencias de algún bache en tal aspecto son muy notorias en el deterioro de los rendimientos, las enfermedades y la calidad del grano para el consumo».

–¿Con tales garantías, habrá continuidad entonces en el ritmo anual de crecimiento productivo?

–Respecto al año anterior, en superficie más o menos se mantienen los niveles de siembra, pero en producción sí se crece.

«Este 2018 cumplió el aporte físico planificado de 283 000 toneladas y lo superó, hasta pasar incluso las 300 000, de las cuales fueron al encargo estatal poco más de 237 000; lo que de paso constituyó un registro histórico nacional.

«Como continuidad en 2019, con prácticamente la misma área se sostendrá el crecimiento a partir de los rendimientos agrícolas, a fin de obtener 311 400 toneladas, de ellas 247 000 dedicadas al encargo estatal (la diferencia se dedica a las ventas al turismo, la reserva estatal, un nivel mínimo destinado a los laboratorios biológicos farmacéuticos Labiofam, para insumos de los productores y a acopiar la semilla de las campañas siguientes).

«Si la sequía prolongada de 2015

frenó el crecimiento sostenido –de hasta un 25 % respecto al año base 2010– logrado en las campañas de 2012, 2013 y 2014, este 2018 y el 2019 en curso afirmarán el ritmo ascendente que se retomó en 2016 con la recuperación de los embalses. (Ver gráfica)».

–¿El salto en el rendimiento agrícola garantizará entonces el crecimiento en toneladas del grano?

–El programa inició con un promedio nacional de 3,1 toneladas por hectárea y este año tenía como meta cerrar en 4,19, aunque el plan técnico fijaba 4,14. Sin embargo, hasta octubre calculábamos 4,68. Claro, cuando se sume la primavera pasada, que rinde menos, baja un poquito, pero igual se cierra por encima de las 4,19.

«Para la siguiente campaña estamos planificando 4,39, no obstante, las evaluaciones potenciales realizadas en todo el país respaldan la aspiración de dar el salto a las cinco toneladas por hectárea.

«Según la proyección estratégica, en 2023 se deben superar las cinco toneladas por hectárea, y entre el 23 y el 30 lograr la cota de seis. Alcanzar esta marca en un área planificada para siembra de 200 000 hectáreas, nos garantizaría el acopio de 1 200 000 toneladas de arroz húmedo, que una vez secas y molinadas equivaldrían a 600 000 de arroz listo para consumo.

«Esa cifra es la meta del programa para 2030, pero trabajamos para adelantar ese rendimiento y producción a 2023; sobre todo porque existe el potencial, aumentan los recursos y se incrementa la disciplina tecnológica en los productores, que es un factor decisivo.